

***Sub specie totius hominis***  
**(‘desde el punto de vista de**  
**todo el hombre’):**  
**divisa intelectual de**  
**Lorenzo Valla**

Antonio Arbea  
Pontificia Universidad Católica de Chile  
Chile

**L**a trayectoria intelectual de Lorenzo Valla (1407-1457) estuvo siempre presidida por una concepción de lo real centrada en el hombre y su historia. Esta concepción antimetafísica, típica del primer Humanismo renacentista, lo llevó a combatir –por truncadas y parciales– las posiciones excesivamente especulativas y racionales de la tardía Escolástica. En lugar de estas concepciones desde la perspectiva de la eternidad, *sub specie aeternitatis*, su concepción de lo real se organizó desde el punto de vista del hombre –y del hombre entero–: *sub specie totius hominis*.

Leyendo a Lorenzo Valla, con frecuencia he experimentado un sentimiento de entusiasta adhesión doctrinal, de comunidad espiritual, de proximidad de ideales; el sentimiento de que él no es uno de los antiguos, sino uno de los nuestros; el sentimiento, en fin, de que él pertenece ya a nuestra era. Me sentiría muy satisfecho si, examinando aquí su pensamiento y recorriendo algunos pasajes de su obra, consiguiera compartir con ustedes este sentimiento de afinidad, de cercanía espiritual con él. En particular, quisiera referirme en esta ocasión a la breve pero interesante experiencia universitaria de Lorenzo Valla. Estimo que una reflexión comunitaria como la que aquí tenemos en torno al hombre, puede nutrirse con provecho de la sana doctrina académica de quien fue sin duda la figura más destacada del así llamado «Humanismo filológico».

\* \* \*

Las universidades medievales, como sabemos, fueron –en general– un baluarte de los escolásticos. Los humanistas del temprano Renacimiento

estuvieron inicialmente excluidos de estos grandes centros de enseñanza; estaban, más bien, dedicados a labores políticas, diplomáticas o eclesiásticas. Así lo atestigua, por ejemplo, Petrarca en su *De sui ipsius et multorum ignorantia* (*Acerca de la propia y la ajena ignorancia*), obra que no es sino una invectiva contra el aristotelismo contemporáneo. Importantes frutos del Humanismo, en efecto, maduraron al margen de la academia. Poco a poco, sin embargo, los humanistas fueron abriéndose paso hacia el interior de las universidades, y ello fue dándose en la misma medida en que estos cultores de las letras clásicas fueron ganando para su disciplina el rango de docta y respetable. Es así como, hacia comienzos del siglo XV, encontramos ya a numerosos humanistas establecidos como profesionales de la educación —con cátedras universitarias— enseñando retórica, poesía o filosofía moral. Uno de ellos es Lorenzo Valla.

La vinculación formal de Lorenzo Valla con la universidad, sin embargo, fue, por diversas razones, bastante breve y accidentada. Digamos, por de pronto, que él mismo no se formó en la universidad. La Roma en que nació y vivió hasta ya entrada su juventud, fue durante años un campo de batalla casi permanente, el escenario de sublevaciones internas y de agresiones externas. En los diez años que van de 1408 a 1417 —recordemos que Valla nació el 1407—, Roma fue ocupada militarmente cuatro veces, con la inevitable secuela de hambrunas y saqueos. Después de cursar con dificultad su educación —digamos— primaria y secundaria durante estos años turbulentos, a Valla no le fue posible ingresar a la Universidad de Roma, ya que esta se encontraba cerrada y no se reabrió sino hasta algunos años más tarde, cuando la ciudad recuperó su normalidad.

Así las cosas, pues, el grueso de la formación superior que Valla recibió se la procuró como autodidacto. Tuvo, por supuesto, algunos maestros privados, específicamente en latín y griego, pero estos contactos fueron, en general, transitorios. Entre los maestros privados de Valla, sin embargo, hubo uno que resultó sí decisivo en la formación de su personalidad intelectual: Leonardo Bruni, que fue sin duda de quien Valla recogió los principales ideales culturales que orientaron su vida.

El primer vínculo oficial de Lorenzo Valla con la universidad se estableció en 1431, año en que —muy joven todavía: tenía apenas 25 años— pasó a ocupar la cátedra de retórica en la Universidad de Pavía. Allí, sin embargo, permanecería solo dos años, y no volvería a ocupar otra vez una cátedra universitaria sino hasta poco antes de su muerte, a los 50 años de edad. A pesar de su brevedad, ese período en la Universidad de Pavía fue determinante en la consolidación de su perfil intelectual. El ambiente cultural lombardo contribuyó a fijar y profundizar en Lorenzo Valla cierto tipo de intereses, ciertas líneas de trabajo y, sobre todo, cierto estilo de trabajo, cierto método; a saber, el método histórico-filológico, en buena medida

creación suya. Cuando Lorenzo Valla abandona la Universidad de Pavía, tiene ya programadas las obras fundamentales que producirá en los años siguientes y, en cuanto a lo que aquí en particular nos interesa, es ya un humanista de perfil nítido y de orientación definida en lo que a la concepción de lo humano se refiere.

La docencia de Lorenzo Valla en el Studium de Pavía, como dijimos, fue en la cátedra de retórica, disciplina que por entonces estaba todavía poco acreditada. La orientación cultural que Valla encontró en la universidad paviana distaba mucho de ser favorable para los *humanitatis studia*. Si en las universidades europeas, en general, imperaba por entonces el aristotelismo y el método escolástico, hay que decir que en Pavía este dominio era particularmente acentuado.

Hay dos hechos que prueban muy claramente de la poca estima de que gozaban allí las letras. En primer lugar, el exiguo número de profesores que las enseñaba: en el momento en que Valla ingresó a la Universidad de Pavía, esta tenía aproximadamente 150 profesores, de los cuales solamente alrededor de un 10% pertenecía a la Facultad de las *artes*; la mayor parte del restante 90% eran profesores de derecho. Y de ese ya escaso número de docentes de la Facultad de las *artes*, Lorenzo Valla era el único que enseñaba letras: los demás enseñaban las viejas disciplinas, especialmente metafísica y lógica, y eran, por supuesto, escolásticos. Y el segundo hecho revelador de la situación postergada de las letras en Pavía tiene que ver con las remuneraciones: según la información de que se dispone, el sueldo máximo que llegó a recibir un profesor de retórica fue de 120 florines anuales, cantidad inferior al sueldo mínimo de un profesor de derecho o de medicina, que era de 150 florines. A Lorenzo Valla, en particular, se le asignó un sueldo de 50 florines anuales, cifra dieciséis veces menor que la que llegó a recibir, por ejemplo, el jurisconsulto Sillano Negri, que ganaba 800 florines<sup>1</sup>.

De mucho interés para nuestro propósito –porque nos sitúa de lleno en el centro mismo de su ideario académico–, es recordar aquí las circunstancias que rodearon el alejamiento de Lorenzo Valla de la Universidad de Pavía. Todo se originó en un escrito de Valla en el que atacaba con violencia una obra de Bartolo de Sassoferrato, un afamado jurista del siglo anterior, considerado entonces autoridad indiscutida en los círculos académicos de Pavía. En el opúsculo, además, Valla aprovechaba también de golpear también a algunos juristas contemporáneos, profesores –como él– del Studium de Pavía. No es difícil imaginarse la indignada reacción que un escrito como ese provocó en una universidad donde los estudios jurídicos

<sup>1</sup> Para estos y otros detalles sobre este tema, cf. Fots, Mario, *Il pensiero cristiano di Lorenzo Valla nel quadro storico-culturale*

*del suo ambiente*. Roma, Libreria Editrice dell'Università Gregoriana, 1969, pp. 47 y sigs.

ocupaban, junto a los de medicina, el lugar más importante. Valla fue obligado a pedir su dimisión y a huir de la ciudad temiendo por su vida.

El ataque a Bartolo de Sassoferrato y a los juristas de Pavía hay que situarlo dentro de marco de la postura severamente crítica que Valla tenía frente al método dialéctico de la escolástica, método que también los juristas aplicaban en su estudio del derecho. El error fundamental del método escolástico consistía en operar deductivamente en todo, en pretender resolver cualquier problema, humano o divino, a partir de ciertas premisas establecidas *a priori*, como quien creyera, por ejemplo, que puede resolver todos los problemas de la estética con una definición de la belleza, o todos los problemas de la moral con una definición del bien y del mal. Una postura como esa, que acomodaba los hechos a las ideas –y no al revés, como debe hacerse–, producía, enfrentada a los textos del pasado, resultados lamentables. El acercamiento a las obras clásicas con una tesis previamente diseñada y que se intentaba probar a toda costa no podía sino adulterar la palabra antigua. Pero lo cierto es que a muchos escolásticos, seguros de su verdad y satisfechos con ella, no les interesaba mucho la palabra de los antiguos, o –para ser más precisos– les interesaba, pero sólo en la medida en que ella venía a confirmar la propia.

Una interesante polémica que tuvo lugar por esa época ilustra muy bien lo que venimos diciendo. La protagonizaron Leonardo Bruni (1370-1444), el maestro de Valla, y el obispo español Alonso García de Cartagena<sup>2</sup>. Como Uds. saben, en la Edad Media y hasta comienzos del Renacimiento, la lengua griega era prácticamente ignorada en Occidente, de modo que las obras clásicas griegas circulaban en traducciones latinas. Pues bien, Leonardo Bruni, preocupado por la arbitrariedad y la deficiencia de las traducciones medievales de los antiguos, algunos años antes había hecho, por su parte, una nueva traducción al latín de los diez libros de la *Ética a Nicómaco* de Aristóteles. En su proemio, Bruni criticaba las traducciones latinas anteriores, que, a su juicio, habían convertido los libros de la *Ética a Nicómaco* en “bárbaros más que latinos” (*barbari magis quam latini*). En su opinión, el pensamiento de Aristóteles estaba allí, más que traducido, pervertido, y ello por ignorancia tanto del griego como del latín.

El proemio de Bruni era bastante concluyente: el humanista no se limitaba allí a dictaminar en general, sino que examinaba en detalle algunos pasajes del texto aristotélico erróneamente traducidos por los medievales. Entre los entendidos, el trabajo de Bruni tuvo una favorable acogida, y hubo consenso en reconocer los méritos de su traducción. Así quedaron las cosas durante más de quince años, y todo hacía pensar que, sobre el particular, no había ya nada que agregar. Pero he aquí que entonces, ines-

<sup>2</sup> Para más detalles sobre esta polémica, cf. Fois, *op. cit.*, pp.14 y sigs.

peradamente, saltó a la palestra el obispo español haciendo una impensada defensa de las antiguas traducciones. Lo más sorprendente de su apología eran los principios en que ella se apoyaba. García de Cartagena confesaba de partida, con ingenua honestidad, que desconocía la lengua griega, y luego agregaba que lo esencial no era establecer si esas traducciones medievales criticadas por Bruni reflejaban o no efectivamente el original griego, sino más bien determinar si lo que en ellas se leía podía o no sostenerse (... *non an in graeco sic scriptum est, sed an sic scribi potuit*). Según el obispo español, no había que preocuparse de averiguar qué decía Aristóteles en su *Ética*; lo importante era decidir qué estaba de acuerdo con la filosofía moral y qué no (*Non debemus quid Aristoteles dicat attendere, sed quid consonet morali philosophiae*). No se trataba, pues, de guardar fidelidad al texto original y al pensamiento de Aristóteles, sino de lograr conformidad con una posición doctrinal. La respuesta de Bruni, como era de esperar, fue rotunda. Para él, el principio en que García de Cartagena se apoyaba era, simplemente, disparatado, muy disparatado (*absurdissimum*).

Para nosotros, educados en la atenta consideración de la palabra, en el rigor de lecturas disciplinadas y respetuosas, interesadas en recoger con la mayor exactitud posible el sentido de los textos, los planteamientos de García de Cartagena pueden parecernos casi una caricatura. Pero en su época no lo eran.

En la base de una postura como ésta, estaba el mundo perfectamente ordenado de la metafísica medieval. Lo que Lorenzo Valla, Leonardo Bruni y otros humanistas atacarán —en nombre de la vida— será justamente esa concepción de un mundo inmóvil, definido ya, y para siempre, en cada una de sus articulaciones; un mundo sin historia, o, mejor, un mundo cuya historia estaba ya totalmente prevista, donde no había espacio para el hombre y su obra —que carecían de interés—, sino para el cumplimiento de los designios divinos. En lugar de esa concepción de lo real *sub specie aeternitatis*, fuera del tiempo, ignorante de la historia, los humanistas propondrán concebir la realidad *sub specie hominis*, desde la perspectiva del hombre, es decir, desde la perspectiva de la libertad.

Lorenzo Valla, quizás el crítico y filólogo más consciente del siglo XV, supo identificar con lucidez las dos actitudes fundamentales que se enfrentaban en las contiendas de su tiempo (como la referida entre Bruni y García de Cartagena): de un lado, la altanera, soberbia ciencia del ser, cerrada, conclusa, definitiva, segura de sí misma hasta la suficiencia; del otro, la humilde obra mundana que, a través de un proceso sin fin, va progresivamente construyendo un saber.

La consigna de los humanistas, pues, fue acumular laboriosamente los datos, los experimentos, los textos, y sobre estas conquistas ir edificando

paso a paso las certezas. Para los humanistas, la verdad no estaba en la especulación abstracta y verbalista de la ya esclerosada última escolástica; por el contrario, la verdad —como lo había dicho antes Aulo Gelio— era hija del tiempo (*veritas filia temporis*). El error central del método escolástico, como decíamos, residía en operar deductivamente en todo, en pretender resolverlo todo a partir de premisas establecidas *a priori*. Frente a este método metafísico-dialéctico de la escolástica, los humanistas levantaron el método histórico-inductivo, que, con su amor al texto, su conciencia histórica y su ruptura con el principio de autoridad, resultaría decisivo para el desarrollo ulterior saneado de las humanidades y de las ciencias.

El desinterés y la falta de curiosidad que García de Cartagena mostraba por enterarse de lo que Aristóteles había efectivamente escrito, contrastaba radicalmente con el incontenible impulso que los humanistas sentían por incursionar en el pasado humano a través de los textos en busca de conocimiento.

En medio del entusiasmo de su tarea esclarecedora de las obras del pasado, tan plagadas de interpolaciones de copistas incompetentes, tan degradadas en su ramplona amonedación escolar, los humanistas tuvieron también ocasión de rescatar numerosos manuscritos descuidadamente abandonados, a veces incluso expuestos a la intemperie y al alcance de manos indolentes. Y en el curso de esta labor fue cuando consiguieron, asimismo, descubrir y salvar para la posteridad importantes obras de los clásicos que hasta entonces se hallaban perdidas, junto a otras de las que, incluso, se ignoraba completamente su existencia.

No cuesta mucho imaginarse el estado de ansiosa expectación en que deben de haber vivido estos apasionados cultores de la antigüedad, que de un día para otro veían a Plauto, a Tácito, a Cicerón rescatados de las tinieblas. ¡Con cuánto entusiasmo y fervor deben de haber celebrado estos hallazgos, que no venían, por cierto, a calmar desvelos de coleccionista o pasiones de anticuario! La antigüedad no constituía, para los humanistas, una curiosidad de biblioteca ni una ciencia de gabinete. Recuperar su pasado fue para ellos recuperar la dimensión profunda de su presente. Allí, en lo mejor de su historia, pudieron reconocerse a sí mismos a través de los siglos y hallar modos imitables de lo humano sorprendentemente familiares. Así, eludiendo una atmósfera enrarecida por escolásticos como García de Cartagena, hallaron en los textos antiguos el aire fresco que les faltaba y una posibilidad efectiva de remodelarse radicalmente.

Lorenzo Valla no fue él mismo un buscador de códices, aunque estuvo siempre interesado, por cierto, en hacerse de una copia de las obras antiguas recientemente descubiertas<sup>3</sup>. En lo que sí, empero, le cupo una participación

<sup>3</sup> Véase, por ejemplo, su carta a Giovanni Tortelli del 18 de marzo de 1441, en Laurentii Valle *Epistole*, edición crítica de O. BESOMI y

M. REGGIOSI (Padova, Editrice Antenore, 1984), pp. 209-210.

destacada —ciertamente la más destacada de su siglo—, fue en el proceso de afinar los métodos gracias a los cuales las obras de los antiguos podían ser bien leídas. Alentado por la confianza humanista en que el pasado es efectivamente penetrable, practicó con perspicacia la crítica textual, fundando en criterios sanos y rigurosos la filología moderna, y —al igual que su maestro Bruni— le atribuyó un gran valor a la tarea de traducir a los clásicos griegos. En el proemio a su versión de Tucídides, expresa su claro juicio sobre esta materia: *Quid utilius* [¿Qué cosa más útil], *quid uberius* [qué cosa más fecunda], *quid etiam magis necessarium* [qué cosa incluso más necesaria] *librorum interpretatione* [que las traducción de libros]?»<sup>4</sup>.

En el marco de las consideraciones más o menos generales hechas hasta aquí, quisiera yo situar la última parte de esta exposición, en la que voy a leer y comentar brevemente algunos pasajes de uno de los escritos doctrinariamente más sustanciosos de Valla: el proemio al libro I de su *Dialéctica*. Para nuestro propósito resulta de especial interés, ya que es un texto que fue redactado en los años inmediatamente posteriores a la estancia en Pavía y que recoge precisamente los severos reparos que a nuestro humanista le merecía el estado de cosas imperante en esa universidad. En particular, es una dura embestida contra la soberbia y la ignorancia de los escolásticos de su época, de los «*peripatetici recentes*», a la vez que un formidable alegato en favor de la libertad de pensamiento, en favor del libre despliegue del conocimiento, más allá de mezquinas discordias entre ortodoxos y heterodoxos. Quizás si un apropiado lema para introducir este texto resulte aquella sentencia de Tagore en la que se nos advierte que, si intentamos cerrarle la puerta a todos los errores, con seguridad dejaremos fuera también a la verdad.

Habiéndosele preguntado a Pitágoras —comienza el proemio— [...] qué declaraba ser, respondió que no un sabio, como habían hecho sus predecesores, sino un amante de la sabiduría. Y no respondió esto porque juzgara que él no podía ponerse a la par con los que habían sido llamado sabios [...], sino porque opinaba que ni aquellos, ni él, ni hombre alguno podía arribar a la sabiduría [...]: «Soy», dijo, «un filósofo». ¡Grande y admirable alabanza de la modestia! Obtuvo más renombre y fama de la moderación (*temperantia*) de una sola palabra, que de toda su vida y sus admirables descubrimientos. Desde él, en efecto, la nación de los filósofos, aunque dividida en muchísimas familias, es designada con una sola palabra. [...]

Para los filósofos siempre hubo libertad de decir resueltamente las cosas que opinaban [*libertas semper philosophis fuit fortiter dicendi quae sentirent*], y no solo contra los fundadores de otras escuelas, sino también contra el de la propia. ¡Cuánto más la hubo para quienes no adhirieron a

<sup>4</sup> *In translationem Thucydidis Historiarum prooemium*, en Lorenzo Valla, *Ora- ciones y Prefacios*, ed.cit., pp. 278-280.

ninguna escuela! [*qui nulli sectae se addixerunt!*] Por esto, de ningún modo deben ser tolerados los peripatéticos modernos [*peripatetici recentes*], que a mí, que soy una persona que no pertenece a ninguna escuela, me niegan la libertad de disentir de Aristóteles [*qui mihi, nullius sectae homini, interducunt libertate ab Aristotele dissentiendi*] [...] A los demás filósofos los consideran ignorantes, reconociendo solo a Aristóteles como sabio, y muy sabio. ¿Y cómo no, ya que solo a él conocen (si es que se puede hablar de conocer cuando se lee no en la lengua original, sino en lengua extranjera, para no decir viciada)? [...] La mayoría de los libros suyos [i. e., de Aristóteles] han sido traducidos incorrectamente [...] ¿He de respetar yo a estos individuos? ¿Les he de prestar oídos cuando me prohíben que hable en contra de Aristóteles? ¿He de aceptar que ellos reclamen exclusivamente para sí lo que no podría concederse ni a Atenas misma, ni a todos los filósofos, ni a todos los siglos juntos? [...] Causa vergüenza decir que existe entre algunos la costumbre de iniciar a sus discípulos haciéndolos jurar que nunca estarán en desacuerdo con Aristóteles. ¡Raza supersticiosa de hombres, demente y nociva para sí misma, ya que se privan de la posibilidad de indagar la verdad! Si con toda justicia podemos censurarlos por haberse impuesto a sí mismos esta ley, ¿dónde encontraremos denuestos adecuados para reprenderlos, me pregunto, por querer aplicársela a otros? Quédense, pues, estos con nuestro desprecio y desdén, y ya que algunas cosas hay en Aristóteles que habrían podido decirse mejor, intentaré yo ahora hacerlo, no con el propósito de censurar al hombre —¡véame libre de ello!—, sino con el de honrar la verdad, que, como dice Platón, debe ser honrada antes que el hombre.

Hasta aquí el proemio. Como puede verse, hay en él la denuncia de una crisis en profundidad, la rebelión ante una situación insostenible. Lorenzo Valla no fue, en rigor, un forjador de ideas, un talento imaginativo. Su contribución fundamental residió más bien en la corrección y en la crítica, las que ejerció con calor y genio. Tenía aguzada la vista para advertir lo torcido, y el animo pronto para denunciarlo. Era de esos temperamentos nacidos para la disputa, que se acrecientan en el ataque y la defensa. Necesitaba permanentemente de alguien o algo muy concreto frente a sí como adversario, ya fuera uno de aquellos aristotélicos dogmáticos de Pavía, ya una lectura viciada que requería enmienda en un manuscrito. Filólogo alerta, fue por ello un guardián severo de la cultura.

Los escritos de Valla, desde el primero al último, están marcados por este agudo sentido crítico, por este persistente afán rectificador, espíritu y afán que invariablemente lo llevan a poner en tela de juicio el principio de autoridad y el texto canónico. Nada es dado por descontado, todo es examinado a la luz de evidencias históricas y filológicas; las afirmaciones que no pueden ser respaldadas en documentación positiva son sistemáticamente dejadas de lado.



Quisiera concluir esta exposición reiterando algo que insinué al comienzo de ella. Creo que la ininterrumpida y bien inspirada polémica que Lorenzo Valla sostuvo en su siglo tiene, sobre todo, un valor paradigmático. Todavía los universitarios de hoy podemos aprender de ella. Ahora, como en su tiempo –y, en rigor, como siempre–, los enemigos más peligrosos de los estudios humanísticos no son agentes externos, sino procesos internos de descomposición. El testimonio de Lorenzo Valla sigue constituyendo una oportuna exhortación para que quienes cultivamos las humanidades lo hagamos con vigilancia, atentos siempre a corregir nuestros desvíos.